

La familia extraña

Marco González

Eran las diez de la mañana, mi familia estaba desayunando en la cocina, siempre nos reuníamos a comer el desayuno de mi abuela. Este era un día normal, mi mamá se quedó en la casa a cuidar de mis hermana y mi padre trabajaba en el campo. Lo único diferente fue lo que pasó esa noche.

Mis padres no lo podían creer y mi hermana era muy pequeña para comprender la situación. La tormenta estaba comenzando. La casa y el campo ya no eran lo mismo después de lo que sucedió. Mis padres buscaban nuevos aires ya que la única razón por la cual seguíamos viviendo allí había desaparecido. A mí no me gustaba la idea, pero yo sabía de los beneficios, lo único que nos preocupaba era dejar a nuestras tías solas en un lugar tan pequeño y sin oportunidades. El día que cambió nuestras vidas llegó, eran las diez de la mañana y estábamos a punto de marcharnos, nos despedimos de ellas, mis padres estaban ilusionados. Yo estaba temeroso y mi hermana no comprendía lo que estaba pasando.

El camino era largo, pero parecía que se hacía rápido debido a la incertidumbre que yo tenía, en cambio mis padres estaban ansiosos de esta nueva oportunidad. En la radio escuchábamos de los peligros al cruzar, pero mis padres decían que eso no importaba ya que si conseguíamos pasar todo iba a valer la pena. Para la sorpresa de nosotros, todo fue fácil y sencillo. En el río había algunas piedras que se sentían un poco blandas cuando caminaba sobre ellas y algunas otras que se quebraban fácilmente. Al llegar a nuestro destino nos subimos a un camión que nos llevó a un lugar aún más lejos. Los días pasaron y mis padres de pronto se pusieron a trabajar. Tuvimos algunas semanas difíciles pero nos adaptamos fácilmente. Las mañanas eran diferentes pero se estaba formando algún tipo rutina: a las diez de la mañana mi padre estaba en el trabajo, mi madre le ayudaba al vecino con su lavandería y mi hermana asistía a la escuela.

Los años pasaron y todo se volvía normal. Hasta que un día volvió a pasar, mi padre llegó temprano a la casa y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Un huracán llegó esta vez. Mi padre decidió que lo mejor era regresar al campo con nuestras tías. Mi hermana ahora sabía lo que estaba pasando, y ella se opuso. Mi padre, después de algunas horas, logró convencer a mi hermana. Nos fuimos de pronto y dejamos todo. El camino fue largo. Durante el viaje, prevalecía el silencio y mi hermana estaba en una esquina agotada. Los asientos estaban manchados de un color llamativo que nunca había visto antes. El viaje era tan largo como el primero, todo pasó tan rápido y antes de comprenderlo ya estábamos de vuelta. Esta vez tenía mucho más

temor que la vez anterior, la única diferencia es que ahora sabíamos de nuestro destino.

Al llegar, era como si estuviéramos en otra dimensión. La tierra era más oscura y la atmósfera era tensa. La sequía estaba por comenzar. Las personas que vivían en la casa donde crecimos eran diferentes. Todo era extraño, ellas se iban a trabajar cada noche. A mi padre le parecía extraño, pero él tenía su cabeza en otro lugar. El pensamiento de regresar a nuestra vida de antes era raro ya que las dos cosas que más queríamos habían desaparecido desde hacía mucho tiempo. Pasaron las noches y la rutina seguía, mi padre no comprendía lo que estaba pasando. Mi hermana no se quejaba de la situación, ella se llevaba bien con ellas. Cada día que pasaba ella se asemejaba más la apariencia de nuestra madre. Todos los días a las diez de la mañana, ella se veía en el espejo y sonreía, y se apreciaba a sí misma por horas. Mi padre no lo podía creer, y pensar que algún día él estaba tan ilusionado por comenzar una vida nueva con nosotros en otro lugar.

Como aquel día la tormenta comenzó de nuevo, pero esta vez fue diferente. Esta vez fue violenta y arrasó con todo lo que cruzaba en su camino. La casa estaba cubierta de ese color brillante que cada vez se hacía más presente en mi vida. Mi hermana sintió un alivio tan grande después de lo que sucedió. Yo no lo podía creer, las tres cosas que había perdido eran irre recuperables. Ahora yo era el único extraño en esta casa, todas las noches la rutina seguía y ahora hasta mi hermana las acompañaba. Tuve que acabar con la rutina. Pasaron los días y los meses, hasta que la bomba cayó. Esta última vez fue la final. Al día siguiente eran las diez de la mañana y yo era el único sentado en el comedor.